

CRÍTICA DE TEATRO

«Tres versions de la vida»

Autora: Yasmina Reza. Direcció: Xicu Masó. Escenografía y vestuario: Lluç Castells. Traducció: Lluís Massanet. Il·luminació: August Viladomat. Intèrpretes: Miriam Alamany, Alicia González, Carles Martínez, Enric Borràs. Espai Lliure.

La versió de Masó**SERGI DORIA**

Retomemos el asunto de *Tres versiones de la vida*. Enric es un astrofísico que lleva tres años sin publicar en revistas científicas. Vive con su mujer Sonia, abogada que no ejerce, y Arnau, un niño que les chantagea con su llorera. Han invitado al matrimonio Finidori. Humbert es un autoridad de la Cosmología y de la Mundología, que convierte los congresos en territorio de conquista;

ha relegado a Inés, su esposa, a no hacer nada: ninguneada por su cónyuge triunfador, está obsesionada por la educación metódica.

Enric espera que Humbert le postule como director de investigación conjurando así el fantasma del fracaso. Pero Humbert e Inés se presentan un día antes, obligando a sus anfitriones a improvisar una velada a base de «fingers» y taquitos de queso.

Ver la misma comedia en menos de dos meses por dos compañías diferentes —en enero dirigida por Natalia Menéndez y ahora bajo la batuta de Xicu Masó— desvela algunos matices. Ricard Borràs (Humbert Finidori) modula con humor la hipocresía del poderoso que quiere pasar por humilde y menosprecia a su esposa y a Enric «el fracasado»: el Humbert que encarnaba Joaquín Climent resultaba más áspero y prepotente. No se perciben diferencias entre la Sonia de Silvia Marsó y la de Alicia González: su personaje es el más ajustado a su

condición y permite pocas variaciones. La Inés de Carmen Balaguer era más ama de casa y «casolana», mientras que Miriam Alamany interpreta a una mujer más sensual y frívola. Carles Martínez aporta más texturas al personaje de Enric: transita eficazmente del derrotismo al pasotismo con un gesto más contenido que José Luis Gil.

En conjunto, la comedia de salón se adecúa más al formato de Xicu Masó en el espacio reducido del Lliure que al amplio escenario del Apolo. Gana la intimidad representativa y la cercanía de esos cuatro personajes que expresan frustraciones conyugales y profesionales, mientras debaten sobre los halos planos y tararean la canción infantil del niño insatisfecho. «Ser tan poca cosa en el universo y hacerse ver tocando una nota infinitesimal en el campanar del tiempo». Ahí precisamente está la virtud y la debilidad de Yasmina Reza: un teatro que optimiza la relatividad de los juicios.